

INTEGRANDO LO NEGATIVO EN LA PROPIA VIDA.

Introducción. Estamos terminando la cuaresma, este tiempo que se nos ofrecía desde el miércoles de ceniza como un tiempo para poder cambiar y renovar aquellos aspectos de nuestra vida que sentíamos más poco integrados y menos desarrollados. Y puede que sintamos que no hemos dado todavía los pasos necesarios para inaugurar esta vida nueva prometida por parte de Dios. Nos gustaría madurar más rápido, equivocarnos menos, tener más claridad. Pero lo que nos ofrece el tiempo de la semana santa justo es ver el desenlace final de la vida de Jesús. Que para nada fue un tiempo fácil o cómodo.

La semana santa es una escuela permanente de aprender a integrar lo negativo en la propia vida. Volvemos año tras año a aquellos cuatro días, de jueves santo, a domingo de resurrección, en los que Jesús recorre un camino, no sólo pensando en sí mismo, sino en todos los que siguiéndole aprendemos a acoger nuestra cruz, y vemos en ella la esperanza de la resurrección. Cada acontecimiento al que se enfrenta Jesús tiene una actualidad y una cercanía que nos muestra la forma de vivir cristianamente lo negativo. En esta escuelilla trataré de forma breve de resumir lo que cada uno de los días santos podemos aprender y celebrar.

Lo que Dios nos dice. El jueves santo es un día de regalos, la eucaristía, el sacerdocio, el amor humilde que lava los pies. Un día de acogida sincera y agradecida de todos los dones y regalos de Dios.

“Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que llegaba la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Durante la cena, cuando el Diablo había sugerido a Judas Iscariote que lo entregara, sabiendo que todo lo había puesto el Padre en sus manos, que había salido de Dios y volvía a Dios, se levantó de la mesa, se quitó el manto, y tomando una toalla, se ciñó. Después echó agua en una jofaina y se puso a lavarles los pies a los discípulos y a secárselos con la toalla que llevaba ceñida.” Jn 13,1-5.

El jueves santo sabe a despedida, a testamento, a expresión creativa del amor hasta el extremo que Jesús siente por sus discípulos. Han sido unos años de mucha intensidad, de mucho vivido, de mucho aprendido, de mucho compartido y disfrutado. Pero Jesús sabe que en lo profundo del corazón de sus discípulos todavía se esconde el miedo, los cálculos, el buscar salvar la propia vida. Toda la tensión que se ha ido acumulando con las autoridades judías se ha vuelto insostenible. En Getsemaní Jesús es consciente que sólo hay dos caminos. O la huida, o la entrega voluntaria. ***“Padre que pase de mi este cáliz pero que no se haga mi voluntad sino la tuya”. Lc 22,42; “A mí nadie me quita la vida, yo la doy voluntariamente”. Jn 10,18.***

El viernes santo es el día que celebramos la entrega hasta el extremo. Las buenas intenciones, los ideales, los deseos, se bañan de sentimiento de fracaso. Todo el amor que estabas dispuesto a compartir se aplasta por el peso del dolor. Cuanto fracaso arrastramos en nuestras vidas. Cuanta metedura de pata, cuanto arrepentimiento por los errores cometidos. Pero se puede vivir la acogida de los propios fracasos y no cerrarse en el propio dolor, sino seguir dejando que el amor sea lo que rezuma de nuestra vida. Jesús no deja de cuidar a su madre, de pensar en sus discípulos, de mimar, de cuidar, de acompañar.

“Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María de Cleofás y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y al lado al discípulo predilecto, dice a su madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Después dice al discípulo: Ahí tienes a tu madre. Y desde aquel momento el discípulo se la llevó a su casa. Después, sabiendo que todo había terminado, para que se cumpliese la Escritura, Jesús dijo: Tengo sed. Había allí un jarro lleno de vinagre. Empaparon una esponja en vinagre, la sujetaron a un hisopo y se la acercaron a la boca. Jesús tomó el vinagre y dijo: Todo se ha cumplido. Dobló la cabeza y entregó el espíritu.” Jn 19,25-30.

Después de recorrer un camino interno y externo de abandono, de traición, de profunda decepción de aquellos a los que habías cuidado y enseñado. Después de ser víctima de la maquinaria de la tortura, de la mentira, de la calumnia. De la humillación, de una violencia que se ensaña contra el débil. Cuando exprimido en tus fuerzas humanas, todo apuntaría a la queja, a la ira, al deseo de venganza. Al Señor la respuesta que le sale es seguir amando, seguir confiando, seguir perdonando. Pensando en María, en Juan, en Pedro. Hasta no poder más, sentir que llegaba el final, entregando tu último aliento de su vida, como había entregado todo su ser los días anteriores y todos los años de su existencia.

El sábado santo es un día de silencio, de experimentar la frialdad de un mundo sin Dios. Helado, frío, huérfanos. Como los ambientes irracionales que construimos, donde el mundo se convierte en un desierto inhabitable. Personas sin almas, decisiones frías sin empatía, estructuras de pecado que condenan y machacan a millones de hermanos nuestros. No hay que imaginar mucho lo que es un mundo sin Dios, basta con abrir una página de nuestros periódicos, o los titulares de un noticiario.

“Escuchad la Palabra del Señor, hijos de Israel: el Señor pone pleito a los habitantes del país: ya no hay verdad ni lealtad ni conocimiento de Dios en el país, sino juramento y mentira, asesinato y robo, adulterio y libertinaje, homicidio tras homicidio. Por eso gime el país y desfallecen sus habitantes: hasta los animales salvajes, hasta las aves del cielo, incluso los peces del mar perecen. Aunque nadie acuse, nadie reprenda; ¡contigo va mi pleito, sacerdote! Tropezarás de día y contigo tropezará el profeta de noche. Perecerá tu patria, perecerá mi pueblo, por falta de conocimiento. Porque has rehusado el conocimiento, yo te rehusaré mi sacerdocio; te olvidaste de la ley de tu Dios, también yo me olvidaré de tus hijos. Cuantos más son, más pecan contra mí; cambiaré su dignidad en ignominia. Se alimentan del pecado de mi pueblo y con sus culpas matan el hambre. Pueblo y sacerdote correrán la misma suerte: les tomaré cuenta de su conducta y les daré la paga de sus acciones.” Os 4,1-9

La vigilia Pascual es la respuesta de Dios a toda la pobreza humana, que llena de miedo, se convierte en verdugo de su liberador. Por muy indigna que sea nuestra respuesta, por mucho pecado y maldad, la respuesta de Dios no cambia. Es un sí radical por nuestras vidas. Es un sí al amor. Y su amor es más fuerte que la muerte. El sepulcro abierto nos da indicios de que hay siempre una puerta abierta a la esperanza.

“Jesús le dice: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, tomándolo por el hortelano, le dice: Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo iré a buscarlo. Jesús le dice: ¡María! Ella se vuelve y le dice en hebreo: Rabbuni, que significa maestro.” Jn 20,15-16.